

Nuestra ilustradora: Emma Cano

El viaje de una pintora por el país de Hipocratia

Juan V. Fernández de la Gala*



Nuestra revista no está hecha solo de palabras escritas a dos columnas. Las páginas de *Panace@* han aprendido a acoger también las palabras del arte. Este número de diciembre de 2014 recoge la crónica pictórica de Emma Cano en su visita al mundo aséptico y febril de los hospitales, el reino de Hipocratia.

Confundida discretamente entre sus habitantes, enfundada en una bata blanca, Emma caminó durante dos meses, al son de sus zuecos, por los largos pasillos de un hospital, escuchó la jerga enrevesada de las sesiones clínicas y presencié el secreto ritual quirúrgico que se oficia hoy en los modernos templos de Esculapio. De todo ello nos dejaron sus pinceles fiel constancia.

Demasiado acostumbrados a mirarnos desde una subjetividad benevolente, esta es una buena oportunidad para vernos retratados desde fuera y también para ver si el retrato nos sacó favorecidos o si hay defectos, tan familiares y tan domesticados, que nos negamos a ver o si existen miradas tan incriminatorias que hubiéramos preferido pasar por ellas como de puntillas.

En los cuadros de Emma Cano, los pacientes nos miran desde la desolación aguamarina y punzante de su sufrimiento, allí donde un catéter y un tubo de goma prolongan

la red venosa hasta el ámbito extracorpóreo de la habitación. Un frasco de suero fisiológico pende boca abajo y es este goteo acompasado el único reloj que existe. En Hipocratia, a veces el tiempo se detiene en una espera sin fondo, mientras el yodo va empapando los hilos de una gasa. La única intimidad que existe allí es la provisionalidad plegable de los *boxes* y los biombos, el porvenir vive en las escuetas líneas impresas de una analítica y la sombra de tu alma puede quedar atrapada sin remedio en el negro rectángulo de una radiografía.

Emma Cano nos retrata aquí esas miradas perdidas en las tardes en que no hubo visitas, la lenta espera en los pasillos silenciosos o la luz agitada que ilumina el sueño artificial que proporcionan los hipnóticos. Hipocratia es también el reino de la verdad abierta en canal bajo los fluorescentes, una verdad que es explicada luego a los familiares en un despacho angosto; en la conversación, palabras altisonantes por el griego, descoyuntadas por el inglés, sincopadas por las siglas y sabiamente edulcoradas con amables eufemismos.

Sin embargo, en los cuadros de Emma Cano actúa también la diligencia enguantada en látex de unas manos hábiles y eficaces, la laboriosidad ensimismada del anestésista, manos que miden, palpan, percuten, sopesan, acarician, sostienen o reposan abandonadas sobre el tacto blanco de las sábanas de un hospital. Un mundo donde se cruzan los caminos inciertos de muchas personas y donde esas encrucijadas conducen casi siempre a las puertas de un ascensor.

Desde hace catorce años ya, *Panace@* intenta prestarle palabras a ese mundo, donde a veces existen tantos silencios inexplicables como inexplicados. Un mundo donde la palabra dialogada —«la silla», diría Marañón— es precisamente la vía para llegar al diagnóstico y donde cualquier palabra, dicha con esa oportunidad de la cercanía humana, puede resultar, de modo inesperado, superior al mejor analgésico o al mayor ansiolítico.

Quizá por eso, el reino de Hipocratia necesita, más que nunca, de la luz humanizada y humanizadora que late en las pinturas de Emma Cano, una artista que ha sabido retratar, sin palabras pero con mano experta y testimonial, el afilado fulgor de los quirófanos y esa llama vacilante que es la vida.



* Profesor de Historia de la Medicina y la Enfermería, Universidad de Cádiz (España). Dirección para correspondencia: delagala@telefonica.net.